

res con cascabeles, venía en busca de su amita, y olvidándose ésta del cordero, corrió á su encuentro aplicando á la gata y su prole todos los hiperbólicos nombres del diccionario de la ternura que su madre solía aplicarle á ella.

XXVIII.

LAS VÍCTIMAS DEL AMOR.

Don Juan, que despues de oír misa temprano en compañía de su mujer y su hijo, en lugar de volver á casa con éstos, se habia ido á distraer un poco su aburrimiento dando un paseo hasta Gorostiza y echando allí un largo párrafo con Chómin, llegó en el instante en que Mari-Santa me contaba y lloraba las últimas desventuras ajenas de que tenía noticia.

Una de estas desventuras era la de la pobre Claudia, la costurera de casa.

El gremio de costureras es muy numeroso é interesante en Bilbao. Allí en casi todas las casas de gente acomodada forma la costurera poco ménos que parte de la familia, pues tiene en ellas casi constante ocupacion. Y es que allí casi toda la ropa, particularmente la de las mujeres y los niños y la blanca de los hombres, se hace en casa.

Las costureras, no sólo son por regla general perfectas modistas, sino que son tambien dignas de alternar con las señoras en el hogar doméstico por su buena con-

ducta y por su finura adquirida con el continuo trato de gentes bien educadas.

Es verdaderamente notable la elegancia con que visten aquellas hermosas jóvenes, cuya habilidad y buen gusto son tales, que realzan más su hermosura con un vestido de percal, unos modestos encajes y unas cintas, que la generalidad de las señoras con la seda, el terciopelo, los ricos bordados, el oro y los diamantes.

Claudia era hija de una pobre viuda que no tenía más apoyo que el de su modesta, honrada y laboriosa hija, pues aunque tenía tambien un hijo, hacía muchos años que habia ido á América, y nada se habia vuelto á saber de él.

Hacía ya dos años que tenía honestas relaciones con un jóven llamado Ignacio, empleado en el escritorio de una casa de comercio, y su casamiento se habia ido dilatando por causas que á Claudia parecian muy legítimas: los padres y hermanos de Ignacio, que habian venido muy á ménos por desgracias comerciales, tenían esperanzas de mejorar de suerte; pero entre tanto casi no tenían más medio de subsistir que el que les proporcionaba el sueldo de seis mil reales ánuos que ganaba Ignacio, por lo que llevaban muy á mal que éste pensase en casarse. Mejoró un tanto la situacion de aquella familia, y entónces el jóven pensó que no debia dilatar por más tiempo su casamiento con Claudia. Manifestóselo así á sus padres, y éstos pusieron el grito en el cielo para hacerle desistir de ello, pero él insistió en su propósito, se corrieron las amonestaciones y todo se dispuso para la boda, en la que doña Mari-Santa debia ser madrina de Claudia.

Ignacio era muy débil de carácter, y con dificultad había triunfado de los esfuerzos que para disuadirle del casamiento había hecho su familia. Redoblólos ésta la víspera del día en que debía celebrarse la boda, y aquella noche recibió Claudia una carta en que Ignacio le decía que por motivos cuya explicación reservaba para cuando se viesen, aplazaba el casamiento *para más adelante*.

Esta inespada resolución fué, como suele decirse, un escopetazo para la pobre muchacha, que se echó á llorar de vergüenza, y aquella misma noche tuvo un terrible vómito de sangre que se repitió después y la condujo pronto al sepulcro.

—¿Y qué ha sido de la pobre madre? pregunté á doña María-Santa que lloraba sin consuelo al contarme esta triste historia.

—Esta mañana hemos ido Leandro y yo á consolarla un poco, de paso que volvíamos de misa.

—Y tras el cadáver de Claudia, ¿no ha subido ya á Mallona el de su asesino? pregunté indignado á Mari-Santa que me contestó sonriendo tristemente:

—Estos señores filósofos y moralistas que predicán todas las virtudes, se olvidan con frecuencia de las más recomendables, á cuyo número pertenece la indulgencia con las faltas y debilidades del prójimo. Dios, que todo lo sabe y todo lo juzga con perfecta sabiduría, sabrá si Ignacio debe ser castigado ó perdonado.

—Es verdad, señora, pero me indigna la ligereza con que juegan muchos hombres con la honra, con la felicidad, con la vida de las pobres mujeres, que suele ser la honra, la felicidad, la vida de la familia. Cuando se tra-

ta de esto, suelen venir á la memoria, dándoles las gentes el asenso de verdad inconcusa, unos versos de un poeta moderno, que aseguran no se mueren de amor las mujeres hoy en día; pero la verdad es que son mentira esos versos. Es muy raro que hoy en día las mujeres se mueran repentinamente de amor como los amantes de Teruel; pero es muy frecuente que de amor mal correspondido é indignamente burlado enfermen y mueran con más ó ménos lentitud. Un médico amigo mio, muy curioso y muy conocedor del pueblo en que vive y vivimos, que por cierto no es el de pasiones más exaltadas y paga escásimo tributo al libertinaje, ha hecho una estadística muy triste, que sería muchísimo más triste si se refiriese á cualquiera de los pueblos del interior, ó el Mediodía de España: de sus averiguaciones resulta que de las jóvenes solteras fallecidas en Bilbao durante un año, las tres cuartas partes contrajeron la enfermedad que las llevó al sepulcro, á consecuencia de disgustos y pesares cuyo origen estaba en el amor.

Mari-Santa dirigió sus ojos inundados de lágrimas, primero con temor á Teresita que jugaba con Catulinda y los mininos en la pieza inmediata, y luego con gratitud al santuario de Begoña, que se descubría por el mirador allá en los collados que dominan á la villa, y Leandro que me escuchaba recostado en la baranda del mirador, dirigió los suyos con emoción y ternura hácia las laderas de Goyerri.

Yo comprendí los sentimientos é ideas de diversa índole que mis palabras habían despertado en madre é hijo, ó mejor dicho en madre y enamorado, y á mi vez me

sentí conmovido pensando que, como Mari-Santa, tenía una inocente hija, y dirigí en seguida la vista hácia las colinas del Begonia, si no en accion de gracias, en accion de súplica. ¡Acaso, acaso algun recuerdo de mi juventud llamaba airado á la puerta de mi conciencia! ¡Dios sabe si los que predicamos la virtud la predicamos por bondad ó por remordimiento! ¡Dichoso aquel para quien en la ciudad ó en el valle donde vive no hay una calle ó una colina donde al descubrir un balcon ó una ventana, siente un remordimiento y procura calmarle con una oracion!

Desde niño he procurado
tener blanca la conciencia,
y no obstante, me da miedo
cuando me encuentro con ella,
porque me han dicho que cubre
en las cimas del Gorbea
nieve blanca, blanca, blanca
rocas negras, negras, negras! (1).

Pasos y conversacion de gente aldeana que subia las escaleras y alababa á Dios abriendo la puerta del recibimiento que en Bilbao está siempre entornada ó con picaporte de muletilla exterior, vinieron á distraernos de aquella triste conversacion, y Mari-Santa, trocando su tristeza en alegría, corrió á recibir á los forasteros.

Yo no podia dejar de pensar en la madre de Claudia, aunque sospechaba que los consuelos que doña Mari-Santa habia ido á prodigarle aquella mañana misma, no se habrían limitado á lágrimas amargas y palabras dulces.

(1) *El libro de las montañas.*

Traté de averiguar lo que habia de cierto en esta sospecha, y Leandro me dijo en voz baja:

— No se dé V. por entendido de esto con mamá, ni con papá, ni con nadie; pero hemos ido á decirle á la madre de Claudia que miéntras viva venga todos los meses á cobrar el jornal que, rogando á Dios por nosotros en el cielo, haya ganado Claudia el mes anterior.

XXIX.

EL OBSERVATORIO.

Leandro y yo, que nunca nos aburriamos como don Juan con tal que tuviésemos un amigo de carne y hueso ó un amigo de papel y tinta con quien conversar, nos entretuvimos agradablemente en nuestra conversacion favorita, que era la que versaba sobre materias literarias.

Entre tanto D.^a Mari-Santa y D. Juan andaban por dentro muy entretenidos con la aldeanería que iba llegando, y en cuya alegre conversacion en vascuence se mezclaba la voz de los señores, que gustaban de hablar el mismo idioma.

— Quisiera, me dijo Leandro, que diese V. una vuelta por la cocina, donde veria preparativos culinarios que de seguro exceden á los de las bodas de Camacho. ¡Con estas cosas está mamá en sus glorias! Por fuerza tenía usted ya noticia de ella, cuando hablando de una mujer, dijo V. que

«era una mujer de aquellas
que llenan toda la casa,
por chiquititas que sean.»